

UN PIE EN LA TUMBA

Él era grande cuando su mamá y su papá se divorciaron.

Lo suficiente, como para entender que la vida era así. Y como le decía su papá:

“Mijo. No pasa nada del otro mundo”.

En ese momento, ellos eligieron por él y terminó viviendo con su mamá.

Unos años después vivía en su casa propia. Casado.

Su papá lo visitaba a intervalos lo suficientemente largos, como para darse cuenta del abandono del viejo. Típico de un soltero muy entrado en su quinta década, que nunca aprendió a lavar ni a cocinar y que vivía con su hermano.

Con mucho orgullo, el viejo contaba cómo tenía la suerte de comer cuando quería el famoso arenque en escabeche con huevos de su hermano, el tío Leandro.

Por eso no le tomó por sorpresa, cuando el doctor le dijo que su papá no se cuidaba la boca. Que la diabetes no es relajó. Que ese pie estaba feo.

Y que lamentablemente, habría que cortarlo.

Para él, la vida era así.

Y para su papá, ya en la camilla rumbo al quirófano, con el sedante que le dieron en la habitación pintándole una sonrisa, bastó un:

-Mijo. No pasa nada del otro mundo-.

Tres horas más tarde, el viejo dormía en la sala de recuperación.

Y en el hospital le informaron que, por ley, todo miembro amputado debía recibir sepultura. *“No es algo que se pueda tirar en la basura”*, le aclararon.

Un par de llamadas más tarde conducía camino al cementerio, con el pie de su padre en una pequeña caja de metal, poco mayor a una caja de zapatos, que imitaba la forma de un ataúd.

El cementerio de la Máximo Gómez era el más antiguo de la ciudad, donde las grandes familias de principio de siglo enterraron a sus parientes.

Allí descansaban los Castillo.

Cuando todavía eran Castillo-Castillo, y todo quedaba en familia.

Los García-Godoy. García-Goico. Goico-Godoy. Todos doctores. Todos allí.

Los dueños de la caña, del cacao y de algunas playas que continúan vírgenes.

Uno que otro descendiente del tirano y parte de su corte.

Los que derrocaron al tirano y no cupieron en el Panteón Nacional.

El que construyó el Panteón Nacional.

Todos, vecinos en la eternidad.

Su familia tenía un pequeño mausoleo con capacidad para 8 cuerpos, distribuidos en dos hileras verticales de cuatro nichos cada una.

Al momento, 7 de los espacios estaban ocupados por sus antepasados.

Bisabuelos, abuelos, tatarabuela y una tía chozna de la que nunca escuchó.

Pero tal y como le explicaron en el hospital, y en la llamada que le hizo a su mamá,

lo correcto era dejar la pequeña caja con el pie de su padre en el área de rezos.

En la minúscula capilla enrejada, de hermosos vitrales laterales, con banco de metal.

Allí reposaría el pie. Sobre la repisa de mármol, junto a los dos floreros de granito blanco y el rostro tallado de Cristo.

-Hace años que no pasamos por allá. Pero es muy fácil llegar, no te puedes perder- le dijo su mamá.

-Para que te ubiques, entras por la avenida principal. La de la Gómez. Avanzas hasta el panteón de las fuerzas armadas. Y ahí caminas a la izquierda, por donde los Bonarelli.

Pasas a los Martínez-Sigarán. ...A los Camacho. Y a los Nivar.

Cuando llegues a los Zorrilla te quedará a mano derecha.

No te puedes perder.-

El enorme portón de metal del cementerio lo recibía de par en par.

Varios autobuses vacíos esperaban afuera.

Desde el exterior, se podían ver docenas de vendedores ambulantes alineados en la vía principal: flores, maíz salcochado, frutas, caramelos y paletas.

De todo se podía comprar.

Virgenes de la Altagracia en miniatura con termómetros como espina dorsal.

Cigarrillos, paraguas y forros para el volante del auto.

Estampitas de San Jorge, de Jesucristo y de La Virgen de las Mercedes.

Incienso.

Una nube de muchachos interrumpía el paso ayudando a estacionar, y las personas les pedían que los dejaran en paz.

Periodistas esperaban junto a unidades móviles.

Policías, muchos de ellos, aguardaban por doquier como aves de carroña.

La silueta del campo santo, en su mayoría, rascaba el firmamento azul con cientos de cruces enmarcadas en triángulos de cemento.

Estatuas de Ángeles, de Cristo y de la Virgen destacaban sobre todo, mucho más altas. Como guiando al ejército de cruces camino al cielo.

Varias descargas de disparos al aire se escucharon, como si se librara una extraña batalla entre la tierra y el cielo. Y de nuevo se repetían los disparos.

Siguió las instrucciones de su madre.

Avanzó lento por la avenida principal. Pero no se pudo estacionar donde debía por falta de espacio libre. Una multitud lo impedía.

Condujo hasta encontrar un lugar. Quizás muy lejos, tres cuadras más adelante.

Tomó la caja con el pie de su padre y emprendió el regreso por la misma avenida, ahora caminando, hasta la entrada indicada. Por el panteón de las fuerzas armadas.

Entre las tumbas se podían ver personas. Demasiado cómodas en el lugar.

Mujeres en rulos y chancletas.

Niños a medio vestir. Desnudos. Y con uniformes de escuelas públicas.

Hombres con gorras y sin camisas. Terminando de comer con cucharas y cantinas.

Mujeres tendiendo en las verjas de los mausoleos ropa recién lavada.

Un hombre moviendo la percha-antena de una tele en la capilla de los Gómez-Cueto.

Una mujer friendo plátanos en anafe, junto a tres niños, en el nicho de los Aybar.

Gente, debajo de los árboles. Gente entre las tumbas.

Gente dibujada en el interior de cada mausoleo y capilla con bombillas de tungsteno.

Gente. Como una pequeña ciudad, latiendo con venas y vida propia,
pero aferrándose al pulso de los muertos.

Al llegar al panteón de las fuerzas armadas le preguntó a un militar,
muy planchado, lo que pasaba allí.

-Es el entierro de Don Jacinto. ...el ex vicepresidente. ...¿Usted no lee periódicos?

Le tocan los honores- El oficial le susurró.

-Y cállese, que están en ceremonia-

Entonces, él alcanzó a ver.

Detrás de una nube negra de oficiales, periodistas y mirones,
el cortejo militar rendía honores, frente a un lujoso féretro de madera oscura
con tiradores de plata, flanqueado por la rubia viuda y tres llorosos hijos.

Todos con lentes oscuros.

Un par de obreros golpeaba el féretro con palas y picos, hasta romper la madera
de los costados y de la tapa.

Una mujer con uniforme de oficina y un pequeño bozo, nos aclara en voz alta:

-E' pa' que no se roben el féretro. Aquí hay mucho tíguere' que no dej...-

Y el militar le corta la frase con los ojos.

A la vista de todos, los obreros terminaron de apalear el sarcófago de roble.
Dejándolo inservible para una re-venta. Para un segundo inquilino.

Las palabras se apagaron y afloraron los sollozos.

Y un silencio mayor cubrió el trabajo del albañil, que mezclaba el cemento con el que colocarían la pesada tarja del una vez mandatario.

La gente empezó a marcharse lentamente.

Él, con las manos húmedas, sosteniendo la incómoda caja con el pie de su padre, se adelantó y le preguntó de nuevo al militar que lo ignoraba:

-Disculpe. Preguntaba... ¿qué pasa aquí?. ¿Por qué está toda esa gente aquí?-

Y señaló a los que parecían vivir allí.

A las que colgaban ropa recién lavada y a los que escuchaban radio en mecedoras.

A los que guardaban latas de alimento en nichos como despensas, y amarraban sus bicicletas a las tumbas y enrejados.

A los que llevaban agua por cubetas de un lugar a otro.

En fin, a todos los que barrían su pedazo de calzada como en un residencial.

La mujer no esperó la respuesta del militar y con gracia le dijo:

-¿Qué va se'?. ¡Vivimo' aquí!.

...somo' arrimáo', pero de nuetro' familiare' muelto-.

Aliviando su peso, apoyó la caja sobre una cruz con el nombre Silvano Andrés Sánchez para escuchar el relato de la mujer.

La mujer era Amada Rodríguez Diep Ricart.

Llevaba un año y medio viviendo en el campo santo, cerca de la verja sur, en el mausoleo de su familia. A unos 30 metros del Barón del cementerio.

Su tatarabuelo, Próspero Ricart, terrateniente del Seibo, murió el 5 de nov. del '39.

La familia, tras la muerte del patriarca, despilfarró el dinero y descuidó los negocios y las tierras. 74 años más tarde, a ella y a su hermana les tocaba vivir en el suntuoso recinto mortuorio construido por y para el viejo.

Según ella, si a su tatarabuelo no le importaba compartir residencia, mucho menos a ellas dos.

Después de todo era, sin dudas, más seguro que dormir en la calle como tantos.

Y así, como Amada, vivía casi todo el mundo allí.

Apellidos que colapsaron.

Familias que vivían de la caridad de sus muertos.

Claro, no faltaban los vivos que se hacían pasar por allegados, para colarse en alguna propiedad descuidada. ...Pensativa, se tocó el bozo con los dedos y dijo:

-Son poco' lo' que visitan a su' muelto'-.

La gente lo sabe y se aprovecha de eso, explicaba.

-Se meten y... ¿quién sabe quién e' quién?-, decía Amada.

-Tejeda hay muchísimo', ...y si vienen con su cédula en mano'.

...¿quién dice que no son familia?

¡Y el fuñío lío depué pa' sacá' a esa gente! ...Hata pitola tienen mucho'.

Porque ello juran a Dio' que ya son dueño' del pedazo.

Yo he vito aquí gente quedase con el moño hecho, con el muelto en la caja sin sabé dónde ponelo.

Pero... problema del que no le trae ni una florecita a su gente.

...¿no e'?'-

De pronto le asaltó la duda. Y un golpe frío le llenó el pecho.

-Hace años que no pasamos por allá-, dijo su mamá.

Tomó la pequeña caja, se despidió de Amada y caminó apresurado.

Dobló como le dijeron por el mausoleo de los Bonarelli. Allí la ruta era más estrecha.

Apuró el paso.

Tropezó con tres cubetas de agua.

Pasó debajo de un tendedero de ropa.

Una niña y su hermanito veían muñequitos en una tele donde los Martínez-Sigarán.

Un hombre se levantaba de una camita sándwich donde los Camacho.

Un perro ladraba sin parar, amarrado a una columna de piedra frente a los Nivar.

Redujo el paso.

Los Zorrilla cocinaban espagueti en una hornilla de gas ...y le sonrieron.

Viró a la derecha y allí estaba. El mausoleo de su familia.

Tal y como le dijo su mamá.

Y detrás del enrejado, un hombre sin camisa. Parado frente al banco de metal.

Bajo la luz de los hermosos vitrales laterales.

Un hombre. Terriblemente familiar.

Cocinando en un anafe arenque en escabeche con huevos.

Y la voz de su papá que se cuela en su mente, una vez más, para calmarlo.

-Mijo. No pasa nada del otro mundo-.

Astroboy.